



HOGARES DON BOSCO

FORMACIÓN FAMILIAR

ETAPA III

**LOS HIJOS, SUS PROBLEMAS Y
NECESIDADES**

ITER PARA EL ESTUDIO DEL TEMA

- I. ORACIÓN**
- II. OBJETIVOS**
- III. DESARROLLO DEL TEMA**
- IV. PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN EN GRUPO**

I. LA ORACIÓN:

Por los padres y familiares.
Erasmus de Rotterdam

Oh Dios y Señor nuestro,
cuya voluntad es que, cerca de ti,
honremos por encima de todo
a nuestros padres;
no es el menor de nuestros deberes
implorar tu bondad para con ellos.

Preserva, te suplicamos,
a nuestros padres y familiares
en el amor a tu religión
y en salud de cuerpo y mente.

Concédenos que ninguna tristeza
pueda advenirles por nuestra causa;
y que así como ellos son amables con nosotros,
también lo seamos nosotros con ellos,

MARÍA AUXILIADORA DE LOS CRISTIANOS. RUEGA POR NOSOTROS

LOS HIJOS, SUS PROBLEMAS Y NECESIDADES.

“No existe viento favorable, para el marinero que no sabe a dónde ir...” **Séneca.**

II. OBJETIVOS:

1. Ampliar nuestro conocimiento sobre nuestros hijos, sus problemas y necesidades.
2. Reflexionar sobre como influimos en nuestros hijos y lo importante que es ser ejemplo continuo para ellos.
3. Reflexionar sobre como ejercer la autoridad en nuestros hijos.
4. Reflexionar sobre cómo debemos educar en valores y qué valores educar.

III. DESARROLLO DEL TEMA

a. LECTURA DE: UN DESCUBRIMIENTO EN NUESTROS HIJOS.

Cuando creías que yo no te estaba mirando...
te vi colgar mi primer dibujo en el frigorífico y corrí a hacer otro.

Cuando creías que no te estaba mirando...
te vi poner alimento en la tacita del gato y aprendí que es bueno cuidar a los animales...

Cuando creías que yo no te estaba mirando...
vi lágrimas salir de tus ojos y aprendí que algunas veces las cosas duelen, pero que está bien llorar...

Cuando creías que yo no te estaba mirando...
te vi hacer mi postre favorito y aprendí que las cosas pequeñas son las que hacen la vida especial...

Cuando creías que yo no te estaba mirando...
te escuché hacer una oración y supe que hay un Dios al que siempre puedo acudir y aprendí a confiar en Él.

Cuando creías que yo no te estaba mirando,..
Te sentí darme el beso de las buenas noches y me sentí amado y protegido.

Cuando creías que yo no te estaba mirando...
te vi preparar un plato de comida y llevarlo a un amigo enfermo y aprendí que todos debemos cuidar unos de otros.

Cuando creías que yo no te estaba mirando...
te vi dar un tiempo y un dinero para ayudar a gente que no tenía nada y aprendí que los que tienen deben ayudar a los que no tienen.

Cuando creías que yo no te estaba mirando...
te vi cuidar nuestra casa y de nosotros y aprendí que debemos cuidar lo que nos ha sido dado.

Cuando creías que yo no te estaba mirando...
aprendí de ti las lecciones de la vida que necesitaba: cómo ser una buena persona.

Por eso te miré y quise decirte... “GRACIAS POR TODAS LAS COSAS QUE VI CUANDO CREIAS QUE NO TE ESTABA MIRANDO.”

No nos olvidemos...

Todos nosotros, padres, hermanos, amigos... influimos en la vida de los niños que tenemos a

nuestro alrededor, aunque pensemos que... no nos están mirando...

b. LA EDUCACIÓN EN VALORES.

Cómo enseñar a los hijos a apreciar los valores

La asimilación de valores por parte de los hijos se produce a partir de dos procesos de actuación que los padres podemos ofrecer de manera correlativa. Un proceso de **inmersión** cuando son pequeños, en el que nuestro ejemplo de padres les induce a imitar nuestra conducta, y un proceso de **convicción intelectual**, cuando empiezan a ser mayores, en el cual se les convence por la fuerza de la razón, mediante el diálogo.

Todas las personas, de manera más o menos consciente, disponemos de una amplia relación de cosas que consideramos valiosas y por las que estamos dispuestos a esforzarnos y a perseverar. Todas esas cosas (bienes, actitudes, maneras de actuar, ideas...) son lo que llamamos valores. Son especialmente importantes porque son los indicadores que rigen nuestra conducta.

Seguramente a todos los padres nos gustaría que nuestros hijos compartieran con nosotros esa valoración de las cosas, que asumieran los valores que nosotros consideramos importantes. Nos da miedo que se equivoquen en algo tan importante, que consideren alguna cosa como algo valioso y apetecible, y que en realidad no sea más que un espejismo.

¿Hay alguna manera de asegurar que mi hijo asuma unos valores realmente valiosos? O dicho de otra manera, ¿puedo enseñar a mi hijo a apreciar los mismos valores que a mí me parecen importantes? La respuesta es que sí, aunque naturalmente no se puede asegurar completamente. Se puede afirmar que, si se intenta de manera coherente, los resultados son apreciables. Por otro lado también conviene asegurarse de que los valores que tenemos son realmente lo mejor que podemos ofrecerle.

Como es lógico, es del todo imposible tener la certeza de que los valores que consideramos primordiales son tan importantes como nos parece. Pero como mínimo, debemos valorar nuestra propia coherencia. Puede ocurrir, por ejemplo, que pensemos que es muy importante ayudar a los demás y colaborar con ellos y luego llegamos a casa y dejamos que nuestra pareja haga todas las tareas mientras nosotros "descansamos del duro trabajo". Si nuestra conducta no se adapta a nuestra escala de valores, revisemos nuestra conducta o nuestra escala de valores y cambiemos alguna de las dos. Generalmente debería ser nuestra conducta lo que tendríamos que cambiar.

Una vez decididos los valores que vamos a enseñar, veamos cómo hacerlo. Básicamente hay dos procesos para conseguirlo: **la inmersión y la convicción intelectual**.

Inmersión

Referido a la educación de los valores, "inmersión" se refiere a hacer que nuestro hijo esté, desde el primer momento en que llegó a nuestra familia, inmerso en un ambiente en que nuestras maneras de actuar dan testimonio de los valores que intentamos comunicar.

Los niños, desde el primer momento, actúan imitando las conductas y actitudes que ven a su alrededor. Más tarde, a través del lenguaje, llegan a comprender las razones por las que sus padres actúan así. De este modo, la manera de actuar de los padres y las razones por las que lo hacen, conforman una especie de fluido que envuelve al niño y que penetra dentro de su inteligencia y de los hábitos que va adquiriendo. Y casi sin proponérselo, va asumiendo nuestros valores. Estoy hablando del ejemplo que damos el padre y la madre al unísono y que es muy significativo cuando los hijos son pequeños.

Pero en realidad no está todo resuelto, ni mucho menos. El fluido ambiental que rodea a nuestros hijos no es únicamente el ejemplo de los padres. Hay otros muchos ejemplos e influencias que flotan en el ambiente (gran familia, amigos, compañeros, profesores, medios de comunicación...) y que también penetrarán en la inteligencia de nuestro hijo y en los modos de actuar que imita. Y como quizás muchos de esos ejemplos e influencias sean negativos nos preguntamos si podemos hacer algo para minimizar su influencia. Sin lugar a dudas la respuesta es sí. Podemos hacer como mínimo cuatro cosas:

- Dedicar el máximo tiempo posible a la convivencia familiar, con la intención de que, cuanto mayor sea el tiempo de convivencia familiar, menor influencia ejercerán otros ejemplos. Hay que aprovechar cuando nuestros hijos son pequeños y tienen menos autonomía para frecuentar otros ambientes.

- Estrechar nuestras relaciones afectivas con ellos. El ejemplo es mucho más decisivo cuanto más importe a los niños la persona que lo ofrece. Será, por lo tanto muy importante mostrarle nuestro cariño y aceptación habitualmente.

- Enjuiciar las actuaciones o afirmaciones de otros cuando contradigan nuestros propios valores, eso sí, con respeto. Ya que no podemos evitarlos, al menos presentemos ante sus ojos elementos críticos.

- Desarrollar en nuestros hijos hábitos de conducta relacionados con valores importantes. Estos hábitos son especialmente importantes en los seis o siete primeros años. Durante esos años podrá aceptar sin dificultad las conductas que le proponemos los padres por la confianza que deposita en nosotros. Así, cuando tenga más edad podrá relacionar su modo habitual de comportarse con los valores que entraña. Entonces el mismo hábito formará parte del ambiente que le rodea por lo que le será más fácil aceptar como bueno algo que le resulta muy familiar.

La convicción intelectual

No es otra cosa que apreciar algo como bueno, conveniente o útil para sí mismo o para los demás mediante el razonamiento lógico. Es un recurso que se puede utilizar cuando nuestros hijos son un poco mayores, cuando, paralelamente a su llegada a la adolescencia, comienzan a tener recursos intelectuales suficientes para establecer relaciones entre distintos valores y para deducir las posibles causas y consecuencias de las diferentes maneras de comportarse.

La manera de entrenar su capacidad de razonamiento y, con ella, la de apreciar los valores más importantes será mediante el diálogo y el debate de ideas. En este momento en que los hijos

empiezan a percibir que no somos las personas perfectas y todopoderosas que imaginaban cuando niños, es la ocasión de enseñarles a apreciar los valores, no ya por la confianza que les inspirábamos sino por la fuerza de la lógica.

José María Lahoz García

Pedagogo (Orientador escolar y profesional),

Profesor de Educación Primaria y de Psicología y Pedagogía en Secundaria

IV. PREGUNTAS QUE NOS PODEMOS PLANTEAR PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO:

- a. *¿Hemos descubierto en nuestros hijos su tendencia a imitarnos? ¿Nos preocupamos de ser un buen ejemplo? ¿Creéis que esto es importante?*
- b. *¿Cómo entendéis la autoridad con nuestros hijos? ¿Entendéis que lo mejor es autoridad, o es mejor autoritarismo? ¿Tenemos claro la diferencia entre ambas?*
- c. *¿Qué significa para nosotros educar en valores? ¿En la sociedad actual educamos en valores o nos dejamos llevar por el relativismo con facilidad? ¿Qué valores creéis que son imprescindibles para nosotros?*